

supervisó todo, en parte desde su casa, porque la enfermedad le había alcanzado plenamente, muriendo en enero de 1961.

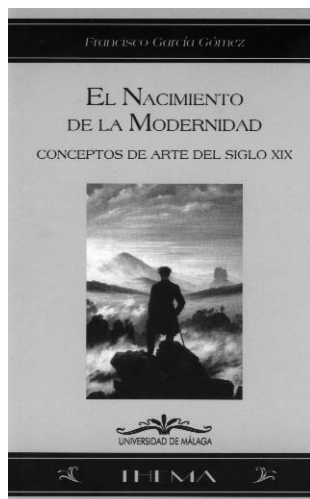
A D. Antonio Gallego Morell, que fue Presidente de la Comisión Gestora de la Universidad de Málaga e inmediatamente nombrado Rector, el primero de nuestra Universidad, se le recuerda afectuosamente en esta ciudad, especialmente los que con él colaboramos en la andadura de poner en marcha esta

institución académica. La biografía que nos presenta, o como él indica, esa vida evocada, con una prosa cálida y fluidísima y destilando cariño, nos brinda la oportunidad de conocer en profundidad al interesante y activo personaje que fue Gallego Burín, auténtico profesor universitario, y contribuir a la difusión de su conocimiento, rindiendo homenaje a uno de los maestros pioneros de la Historia del Arte en España.

■ GARCÍA GÓMEZ,
Francisco, *El nacimiento
de la Modernidad.
Conceptos de arte del
siglo XIX*. Málaga,
Universidad de Málaga,
2005

María Teresa Méndez Baiges

En uno de los ensayos de *El significado en las artes visuales*, Panofsky compara el sistema universitario europeo y el americano. "Con el transcurrir del tiempo –asegura– el mundo del historiador del arte alemán tiende a parecerse a un archipiélago de pequeñas islas que tal vez vistas desde un aeroplano compongan un diseño coherente, aunque estén separadas por brazos de mar de abismal ignorancia. En cambio, el mundo de su colega americano puede parangonarse a un maricizo altiplano de saber especializado que domina un desierto de información general". Lo más



probable es que en la época en la que escribía Panofsky esos archipiélagos estuvieran formados por auténticas islas del tesoro. Hoy en día, sin embargo, sometidas a la mirada microscópica a la que obliga el imperativo legal, esto es, una concepción demasiado burocrática

del conocimiento, se corre el riesgo de no alcanzar a revelar, en muchos casos, más que vacuidad. Esto, sumado a una cultura de *zapping* que parece privilegiar la visión inconexa de los fenómenos de la realidad, provoca que en la actualidad se eche de menos en los estudiantes de carreras de Humanidades una forma de conocimiento más estructurada, una enseñanza capaz de suscitar en ellos la ordenación de los datos y reflexiones recién adquiridos en una esquema coherente; aunque sea para aprender a romperlo más tarde; mejor dicho, porque *deben* aprender a romperlo con posterioridad.

Por eso, en el ámbito de la historia del arte, son más necesarias que nunca las buenas visiones introductorias a las poéticas, estilos, movimientos o artistas de un determinado tiempo y lugar, puestos en relación con las categorías estéticas y artísticas a las que están indisolublemente unidos. Esos estudios panorámicos, cuando son sólidos, y el que comentamos lo es de un modo formidable, se convierten en las herramientas más eficaces para orientar las formas de conocimiento y estudio de sus lectores; sobre todo, para que aprendan algo fundamental: a discernir lo principal de lo secundario, y, por eso, son el tipo de lectura que induce al verdadero conocimiento de las cosas.

Seguramente sirvan también para propiciar la transformación de los archipiélagos sobre mares de abismal ignorancia, en auténticos altiplanos dominando desiertos de cultura general.

Esa es la razón por la que debemos dar una bienvenida por todo lo alto a libros como el que aquí reseñamos, *El*

nacimiento de la Modernidad. Conceptos de arte del siglo XIX, de Francisco García Gómez, profesor titular de la Universidad de Málaga, y tan buen conocedor de la pintura y arquitectura decimonónicas como de la historia del cine, tal y como avalan los libros que lleva publicados. Arte del siglo XIX y cine tienen numerosísimos puntos en común, a poco que uno lo piense; por eso resulta más que natural la confluencia de ambas disciplinas en un mismo investigador.

Encontrar reunidos en un libro de introducción a ideas fundamentales de un periodo de la historia del arte síntesis, claridad y precisión es menos usual de lo que cabría esperar, a pesar de que nadie negaría que ese conjunto de cualidades es vital en el ejercicio de la docencia tanto como en la práctica investigadora. En *El nacimiento de la Modernidad* se ha logrado, sobre todo, trazar con firmeza los contornos de los conceptos fundamentales para entender el arte del siglo XIX. Y sin temer el riesgo de que quedarán desdibujados, se ha afrontado igualmente con aplomo la complejidad y problemática que entraña cada uno de ellos, así como las variaciones que han experimentado sus respectivos significados en la historiografía de diversos momentos.

El propio autor resume en la introducción los objetivos y estructura del libro. Entre los primeros quedan descartados tanto el de hacer un manual de las corrientes de dicho siglo como el de un ensayo acerca de la estética decimonónica. Ambas cuestiones quedan en realidad subsumidas bajo la finalidad de explicar y ofrecer unas "breves reflexiones" de los conceptos fundamentales en el estudio del arte del siglo XIX. García

Gómez considera esas precisiones y apreciaciones de carácter general especialmente útiles para los estudiantes, pero podrían serlo igualmente para cualquiera que quiera adentrarse en el conocimiento del arte y la estética de este siglo apasionante, contradictorio, ambiguo, complejo, en el que hunde sus raíces una modernidad en la que todavía, mal o bien que nos pese, nos seguimos reconociendo. Porque tiene todo el rigor de un libro académico, pero también toda la amenidad de un ensayo que se lee de un tirón.

Explicaciones y reflexiones se estructuran en tres partes: una primera de corte más teórico acerca de los rasgos distintivos del arte del XIX, una segunda acerca de los movimientos artísticos, y una tercera consistente en una amplia, seleccionada y bien ordenada bibliografía fundamental.

La primera parte se detiene en asuntos tan espinosos como cruciales, empezando por la discusión sobre los conceptos de contemporaneidad, modernidad y vanguardia, difíciles de definir y de entender, pero sin los cuales, nada se puede comprender. Tras el examen de los problemas de la periodización del arte del XIX, se aborda la definición y sentido de ideas determinantes de lo moderno como son las de la autonomía del arte, el "giro lingüístico" y el nacimiento de la estética. La cuestión teórica acerca de estas nociones, resuelta con extremada soltura, no condena al olvido otros asuntos de carácter más práctico e igualmente cruciales, como los referentes a las coordenadas socioeconómicas, y por supuesto históricas, en las que nace y se desarrolla ese arte. Así, el

autor se detiene igualmente en el ascenso de la burguesía y las transformaciones del gusto, del mercado artístico o de la estructura institucional que ello acarrea. Queda especialmente bien caracterizada la naturaleza del gusto burgués, ése que ha servido para alimentar el tópico sobre la mediocridad del siglo y que ha dado pábulo a tanta burla y menosprecio en el siglo XX, pero que aquí recibe el tratamiento que merece como síntoma de la democratización del arte.

Y creo que una de las mayores virtudes de este libro es la ecuanimidad con la que García Gómez sabe tratar las miserias y las grandezas del arte del siglo XIX, sin intentar ocultar las "ridiculesces" de las primeras, ni caer en la adoración incondicional de las segundas. De su libro surge el retrato de un arte tanto más apasionante cuanto más variado, híbrido, diverso y contradictorio; lo repito, como nuestra propia contemporaneidad. El autor advierte, entre otras cosas, cómo el "relato ortodoxo de la modernidad" ha condicionado nuestra visión del arte decimonónico de acuerdo con los desenlaces más vistosos que tuvo ya en el XX, fundamentalmente la abstracción (y todo lo que lleva aparejada en cuanto a la consideración de la autonomía del arte como valor fundamental de la obra). Ahora bien, sus propios comentarios sobre la consideración que merece, por ejemplo, el arte académico (auténtica bestia negra del relato ortodoxo) por ser el favorito del público mayoritario, me hacen pensar que, en el fondo, es aquí donde hay que buscar el caldo de cultivo del arte y de la estética del XX. Quizá algún día nos atrevamos a reconocer

que nuestra estética y nuestro arte, los de los siglos XX y XXI, se forjan más en el cine, la televisión y la publicidad que en las obras de vanguardia minoritarias, ésas que algunos nos dedicamos a desmenuzar para los que confiesan no ser capaces de entender sus intrincados, a veces fútiles, discursos. Esas “artes populares” del mundo actual, que tan bien nos retratan, ¿no serán las auténticas herederas del gusto popular decimonónico? A veces da la impresión de que esto es lo que habían estado intentando ocultar a toda costa los artifices del “relato ortodoxo de la modernidad”: como si su discurso histórico no hubiera sido otra cosa que el empeño de no dejar que saliera a la luz esta verdad.

La segunda parte del libro mantiene un contenido y enfoque didácticos acerca de las “épocas, estilos, poéticas, movimientos, tendencias y grupos en el arte del siglo XIX”. Y, evidentemente, no es casual que el autor no haya querido reducir este elenco, tan numeroso a primera vista. Si hay algo en lo que se pone un especial cuidado a lo largo los capítulos de este libro es en el problema de “dar nombres a las cosas”. García Gómez sabe que es necesario hacerlo, si lo que queremos es transmitir conocimiento, pero también es consciente de que todo nombre puede empobrecer la realidad a la que se refiere, o que “hay más cosas en el cielo y la tierra de las que ha soñado nuestra filosofía”. Toda esta segunda parte se empeña en demostrar que la mayoría de los términos que se usan para definir las corrientes del arte del siglo XIX entrañan la complejidad propia de algo que tiene al mismo tiempo un significado histórico y

un significado estético. Romanticismo, Realismo, Simbolismo, son tanto conceptos estéticos como tendencias históricas, y cuanto antes se habitúe el estudiante a comprender en qué sentido se están usando en un contexto determinado, tanto mejor para su comprensión del arte y su historia. El examen de estas poéticas y movimientos en esta segunda parte del libro es tanto una explicación como un inteligente estado de la cuestión. Al igual que en el resto de los capítulos, García Gómez no oculta, ni pretende ocultar, que su síntesis es el resultado de años de estudio y reflexión, pero también una visión personal de un arte que —no hay más que leer el libro para entenderlo— le apasiona. Y sólo el conocimiento apasionado es capaz de transmitir pasión por el conocimiento.

En resumen, en este libro el lector encontrará todo lo imprescindible para adentrarse en el conocimiento del arte del siglo XIX. Me gustaría subrayar que ofrecer esto de la forma en que aquí se ha hecho tiene más mérito del que puede parecer en un primer momento, pues la grata lectura que procura este texto empaña la dificultad y el esfuerzo intelectual inherentes a la labor de hacer parecer sencillo lo que en absoluto lo es. Por utilizar un término técnico de la historia del arte, podríamos afirmar que esta obra tiene la virtud de la *facilità*, esto es, la virtud de ocultar el esfuerzo depositado en su confección, de modo que su fluidez, encanto y utilidad parezcan casi naturales, como el resultado de una tarea mucho menos dificultosa de lo que en realidad es.